

El 12 de septiembre va a comparecer ante el juez Jeremy Thorpe, hasta hace algún tiempo jefe del partido liberal británico, acusado de conspiración para un asesinato en la persona de quien fue su amante (masculino) Norman Scott. Dos días antes habrá comenzado el congreso anual de su partido, que va a sufrir las consecuencias del escándalo. Las sufrirá también, indirectamente, el partido laborista —gobernante—, que mantiene un pacto de gobierno (el pacto Lib-Lab) con los liberales. En un momento en que los laboristas ocupan el poder con más seguridad que en los últimos años (hasta el punto de que se pensaba en unas elecciones anticipadas para explotar, ampliando la mayoría, lo que parece ser una buena situación en el electorado) y en que el pequeño y nostálgico partido liberal parecía recuperarse de su ya vieja caída (seis millones de votos en las últimas elecciones, trece diputados actualmente en los Comunes y un cierto acceso al poder por el pacto), gracias en parte a la brillante gestión de Jeremy Thorpe, el rebote de este escándalo, que comenzó hace un poco más de dos años, hace pensar inevitablemente en un trasfondo político y en una cierta actuación de los conservadores.

El partido liberal fue una cierta izquierda en la vieja Inglaterra. Procedía del ideario económico —y filosófico— de Adam Smith. Su primer gran político fue Fox, personaje "simpático", abolicionista, en la emisión dada por Televisión Española sobre la esclavitud: fue entusiasta —luego, moderado— de la Revolución francesa en un tiempo en que ésta hacía arder de furor a la aristocracia y al conservadurismo de Gran Bretaña, defendía la libertad individual y la de la prensa. Le siguió y desarrolló, ya en el siglo XIX bien entrado, su amigo Charles Grey, que intentó la emancipación de los católicos. Fox había comenzado a denominarse a sí mismo y a sus seguidores como "liberales", tomando el término del Continente —los españoles decimos que de España—; pero el partido no se fundó como tal hasta 1860, bajo la dirección de Gladstone, que fue un gran primer ministro que tuvo la virtud de estar siempre al lado de los oprimidos y que se enfrentó con el gran conservador Disraeli, mantenedor del Imperio de la Reina



Las repercusiones que pueda tener ahora el juicio a Jeremy Thorpe —hasta no hace mucho jefe del Partido Liberal británico—, acusado de conspiración en el asesinato de su amante (masculino) Norman Scott, ocurrido hace dos años, hacen pensar en una cierta actuación de los conservadores.

El "caso Thorpe"

¿MANIOBRA CONSERVADORA?

Victoria. Fue, poco a poco, una izquierda insuficiente. Las clases trabajadoras mantenían que el liberalismo estaba hecho para las clases altas, que la libertad que proclamaba era la de la supervivencia del más fuerte y que la fortaleza residiría siempre y aristocráticamente en una misma clase, y concretaron su lucha en los sindicatos ("trade unions"), que se convertirían en partido político por el impulso intelectual de los fabianos (socialistas sin Marx): el partido laborista. Entre 1868 y 1914, cuarenta y seis años, los liberales ocuparon el Gobierno veintitrés años y los conservadores otros veintitrés. Pero a partir de la guerra y de la revolución soviética los laboristas comenzaron a ocupar su puesto. Desde 1918 nunca ocupó el poder (aunque ha habido algún ministro liberal en los Gobiernos de coalición formados en ocasiones especiales) y quedó desplazado. Como izquierda, era mejor la laborista; como derecha, la conservadora. Su programa ha mantenido un cierto interés progresista: ha defendido la participación de los empleados en las decisiones y beneficios de sus empresas, la libertad religiosa, la des-

centralización del poder en beneficio de Escocia, Ulster, Gales; los acuerdos de prohibición nuclear, medidas gubernamentales contra los monopolios... Pero ha quedado aplastado por el bipartidismo. El gran partido turnante ha estado manteniendo en los últimos años una media de tres millones de votos y de nueve diputados en un Parlamento de 630.

En 1959 apareció en las filas del partido liberal un joven diputado —treinta años— vivaz, elegante, agresivo, humorista: Jeremy Thorpe. Resultó un pequeño mesías: el hombre que esperaba el partido para renacer. Venía de Eton y de Oxford, había sido abogado en Londres, donde había tenido importantes éxitos. Brillaba en sociedad. Un hombre de anécdotas, de frases brillantes, que le iban a llevar incluso a palacio, para ser consejero de la Reina: la familia real adoraba sus cotilleos, sus chismes, su conversación frívola y, al mismo tiempo, su categoría intelectual y política. En los Comunes, Thorpe tuvo pronto la voz de sus lejanos antecesores, Fox y Grey, Gladstone: la defensa de los oprimidos, de los aplastados bajo el peso del imperio hundido. En nue-

ve años, Thorpe llegó a la cima del partido. Y siete años después, en las elecciones generales de 1974, los liberales habían duplicado sus votos, hasta conseguir los seis millones y los catorce diputados. Se pensaba que Gran Bretaña había llegado a una evolución dentro de la izquierda y que, en un futuro, los dos grandes partidos podrían ser los liberales y los laboristas, mientras los conservadores se hundían. Los conservadores quisieron prevenir la situación ofreciendo a Thorpe una cartera en el Gobierno de Heath. Thorpe rechazó la oferta. Su juego principal estaba en mantener un cierto equilibrio en los Comunes entre conservadores y laboristas, escasamente separados en escaños.

El escándalo comenzó en enero de 1976. Una primera ofensiva: un Banco de Londres —el London and County— estuvo a punto de la quiebra y se anunció que Jeremy Thorpe era uno de los grandes dirigentes del Banco. Apenas tuvo tiempo para defenderse cuando, días después, apareció ya el "caso Scott": Norman Scott, antiguo modelo masculino, declaró que había tenido relaciones sexuales con Jeremy Thorpe. Thorpe se había

casado dos veces: la primera, su mujer se había matado en un accidente de automóvil, dejándole un hijo; la segunda vez se había casado con la pianista Marion Stein, de la que se ha dicho que le facilitó el acceso al palacio de Buckingham: había estado casada, y luego divorciada, con lord Harewood, primo de la Reina. Esta vida privada no le eximía de las acusaciones de homosexualidad, aunque la desmintió públicamente, para luego aceptarla. ¿Quién movió la campaña? Según el propio Harold Wilson, había nacido de Africa del Sur: Jeremy Thorpe era un ardiente defensor de los negros contra la crueldad y la injusticia del "apartheid". El tema se complicó inmediatamente con la acusación a Thorpe de haber caldo en el chantaje de Scott. En 1974, poco antes de las elecciones triunfales, Thorpe habría dado a Scott, utilizando intermediarios, 2.500 libras por la compra de unas cartas comprometedoras. Sin duda, no las compró todas, porque un periódico conservador, el "Sunday Times", publicó dos de ellas en mayo de 1976. Eran imposibles de desmentir, y Jeremy Thorpe cayó. Tuvo que abandonar la presidencia del partido en manos de David Steel. Pero Jeremy Thorpe mantuvo su escaño en los Comunes.

No lo va a poder mantener. El nuevo escándalo va a obligar al partido liberal a que le exija que salga de sus filas y que dimita como diputado. Para esto está el nuevo escándalo. Norman Scott había denunciado en octubre de 1975 que su perro había sido muerto a tiros, como preludio a una amenaza de muerte contra su persona. Tema: las cartas y los documentos acusadores contra Thorpe, que aún debe poseer el amante antiguo. El autor de la muerte del perro y de las amenazas era un piloto civil, Andrew Newton, el cual ha declarado ahora que no actuaba por sí mismo, sino cumpliendo un encargo pagado —5.000 libras esterlinas— por intermediarios de Jeremy Thorpe. Estos intermediarios eran David Holmes, amigo de Thorpe, y dos financieros, John Le Mesurier y Georges Deakin. El nombre de David Holmes había aparecido ya en el escándalo de 1976: había sido él quien entregó las primeras 2.500 libras a Scott para comprar las cartas del amor prohibido. Holmes había sido compañero de estudios de derecho de Thorpe y

luego tesorero del partido liberal.

Las declaraciones de Scott y de Newton han merecido suficiente base a la Policía para proceder a la detención preventiva de Thorpe y sus tres amigos, puestos inmediatamente en libertad bajo fianza —5.000 libras—, pero citados ya para este 12 de septiembre. Repitamos, cuando ya haya comenzado el congreso liberal de Southport, y cuando los Comunes hayan terminado sus vacaciones de verano y puedan interpelar directamente a Thorpe y nombrar una comisión investigadora.

¿Por qué estalla el escándalo en estos momentos? Probablemente no merecía la pena terminar de hundir a un hombre virtualmente acabado y que probablemente no habría sido reelegido por la circunscripción que representa desde el principio de su vida parlamentaria, la de North Devon. A lo que se apunta con el escándalo es algo más: a torpedear el pacto entre laboristas y liberales, a que el descrédito salpique a los laboristas, a desaconsejarles las próximas elecciones.

Según todos los indicios, los laboristas gobernantes iban a convocarlas para este otoño. Podía presumir el partido de la buena explotación del petróleo del mar del Norte, que ha mejorado sensiblemente la balanza de pagos, de que los sindicatos aceptaban prorrogar el pacto de inmovilización de salarios como lucha contra la inflación, y de que de alguna forma la situación general política y social es mejor que cuando la tomaron en sus manos.

¿Puede toda esta realidad ensombrecerse por un escándalo de origen homosexual, por una declaración de dos personas consideradas como delincuentes —Scott ha hecho chantaje, Newton ha realizado amenazas reales de muerte— contra un personaje previamente hundido? Probablemente la sombra de la Reina Victoria y de su viejo puritanismo ennegrece aún las capas superiores de la sociedad británica y hasta a los electores populares. Incluso si todo ello beneficia a un conservadurismo "ultra" como el que mantiene el partido conservador, sobre todo desde que lo dirige la implacable y ruda Margaret Thatcher, y aun a pesar de que ese conservadurismo no parecía del agrado del público.

Es extraño. Pero las cosas funcionan, todavía, así. Por lo menos, en Gran Bretaña. ■

RAMON

1

CREIAMOS QUE EN EUROPA NOS TENIAN MANIA...



2

... Y YA VES ...



3

.. EL MERCADO COMUN ESTA DISPUESTO A RECIBIRNOS CON LAS PUERTAS DE LA OTAN ABIERTAS DE PAR EN PAR

